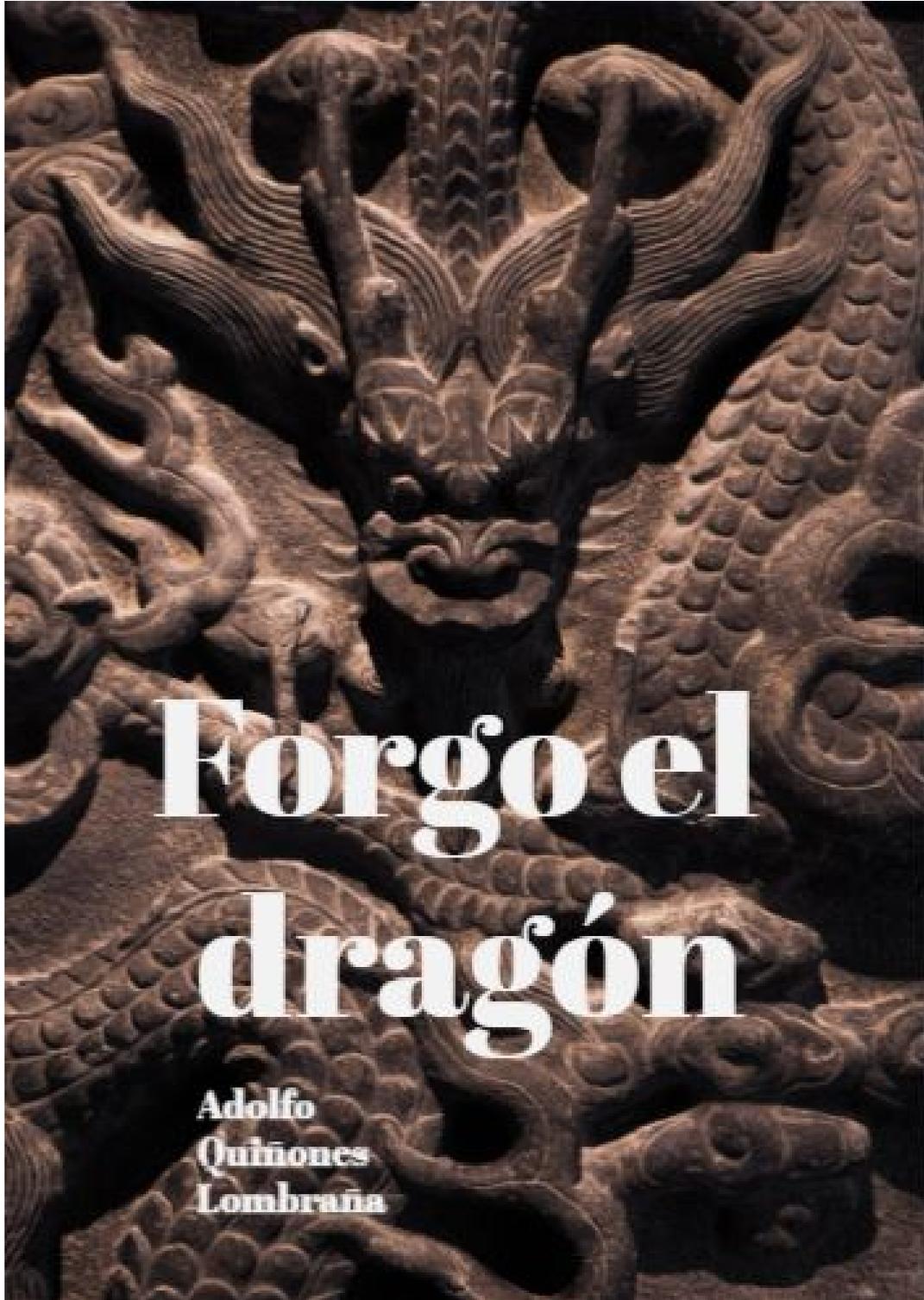


FORGO EL DRAGÓN

Adolfo Quiñones Lombraña



Capítulo 1

Describamos al personaje de esta historia sin equivocaciones ni ambages. Forgo era un dragón.

Mandíbulas poderosas y unos colmillos curvados coronaban su rostro de dragón. Un tronco robusto y unas patas fuertes culminadas en terribles garras constituían su cuerpo de dragón. Una cola larga, puntiaguda y cubierta de escamas duras como el acero terminaba de darle su forma de dragón. Y, por si fuera poco, Forgo escupía fuego. Precisamente como hacen la gran mayoría de dragones.

En las reuniones de dragones que tenían lugar el último viernes de cada mes, Forgo discutía con sus más allegados sobre las vicisitudes de la vida de dragón. Vicisitudes entre las que se hallaban los campesinos embravecidos que los perseguían con sus horcas y guadañas o aquellos caballeros que llegaban a sus cuevas a horas intempestivas y sin que nadie los invitara. Hablaban de protestonas princesas y desolados reyes, pero, ante todo, sus diálogos versaban acerca de acumular oro, que parecía fijación y única meta de cada dragón allí presente. Toda historia de dragón parecía girar en torno al dorado metal. Como cuidarlo, como protegerlo y como ocultarlo del codicioso ser humano. Sin embargo, Forgo no compartía ese amor tradicional por acumular botín, secuestrar damiselas o confrontar paladines. Las reuniones de los viernes se convertían en una pequeña tortura para este dragón sin nada de que hablar cuando se apandillaba con sus hermanos.

Sin mucho que comentar, resultaba una suerte para Forgo que la mayoría de los dragones no sepan leer. Empapado de literatura contemporánea en la que ilustrados escritores humanos contaban historias de monstruosos saurios, nuestro personaje rellenaba las andanzas de su día a día con lo que encontraba en diversos relatos acerca de las desventuras de otros dragones más draconianos. Así pues, Forgo mentía cada último viernes de cada mes y su vida saltaba de aventura en aventura para pasmo y deleite de sus compañeros. Un día era un dragón del que manaba sangre inmortal. Al otro su caverna repleta de oro era invadida por un pequeño enano parlanchín. Y al siguiente resultaba que reunir siete bolas de extraños colores le obligaban a conceder un deseo a su portador. De cara a los demás, la vida de Forgo era un ajeteo.

Sin embargo Forgo no era un dragón como los otros y el oro era la última de sus preocupaciones. Sí que secuestraba princesas y sí que guardaba algo del vil metal en sus aposentos. Estaba en su mismo ser el hacerlo y negar tu propia naturaleza es algo complejo. Sin embargo, Forgo tenía otro placer que llenaba las horas, minutos y segundos de su vida. Forgo era un amante de la música, aunque, y esto es lo triste, la música no

suele amar a los dragones.

Acompañado por una lira de adecuadas dimensiones, forjada por un maestro que Forgo raptó décadas atrás, nuestro dragón cantaba unas serenatas draconianas a cualquier ser vivo que ocupara su morada. Su lírica era dudosa y su tono bestial. Pero es un dragón de lo que hablamos, no sé qué os esperabais. Forgo lo intentaba. Afinaba su instrumental, bebía religiosamente cada mañana mil doscientas cuarenta y seis claras de huevo (sin sacarlas previamente de las gallinas que los contenían) y hacía sus ejercicios de respiración para evitar que el combustible y el comburente que manaban de su garganta hicieran cenizas a su futuro público. Luego ensayaba frente al espejo. Ensayaba y ensayaba hasta que se consideraba listo. Una vez se consideraba preparado, con nocturnidad y alevosía, Forgo secuestraba a una princesa de los alrededores y la deleitaba con sus canciones, sinfonías y hasta con alguna opereta en dos tiempos que había compuesto años atrás. Las princesas constituían habitualmente su público, puesto que se les considera ejemplo de buen gusto, amor por la música y saber estar y Forgo no iba a desatar su talento frente cualquier campesino incapaz de distinguir el arte del relincho de un jumento.

Pero las princesas humanas no adoraban su música del saurio alado. Gritaban, chillaban y pataleaban. Algunas hasta pedían con voz en cuello que las hubiera secuestrado uno de esos dragones que te abandonan en oscuras mazmorras rodeadas de esqueletos. Con ese panorama de gritos y protestas, raro era que, más temprano que tarde, no se presentara a rescatar a la desdichada dama algún guerrero de un país vecino. Forgo simulaba batalla sin cuartel, aburrido de sus tareas como dragón y cedía a su cautiva con cierta desgana. Que ninguna princesa transmitiera la historia del dragón cantarín no es misterio. Serenatas a cientos con voz de dragón son capaces de causar la amnesia más permanente al más pintado. Así era que las princesas liberadas solían presentar síntomas de un estrés post traumático tal, que Forgo era considerado uno de los más crueles dragones en los pueblos cercanos.

Pero la vida de Forgo iba a cambiar. A su caverna se acercó un día un señor feudal. Impermeable al buen gusto, a la música y a las artes en general. Aquel noble venido a más escuchó el cantar de Forgo desde la distancia y en lugar de dar media vuelta se acercó a la fuente de tal ruido. Hubo de hacerlo a pie pues su caballo se negó a seguir. Por temor, pensó él sin percatarse que el equino trataba de taparse las orejas con las patas de atrás. Llegó el señor feudal a la puerta del hogar de un Forgo inmerso en su poco valorado arte. Cruzó la terrible entrada y observó a Forgo sumergirse en una serie de sonatas de Lira. Primero Forgo cantó que el amor es solo un sentimiento. Luego continuó con una tonada sobre un primo suyo del norte que tiene la escama de un pez, y que vive dentro del río donde nadie lo ve. El noble le interrumpió con preguntas de noble, y

como buen noble sus intereses poco tenían que ver con la música.

– *¿Dónde está tu tesoro, dragón?* –Le dijo.

Forgo se sorprendió de ver al pequeño bruto cubierto de cota de malla y sin una gota de temor.

–*No tengo oro* –respondió Forgo, –*Salvo el que recubre mi voz* –dijo sin una pizca de vanidad.

–*Deberías tener oro por toneladas, pues eres dragón* –se atrevió a responder el hombre fraguando un plan innoble en su innoble mente de noble.

–*Oro ni quiero, ni necesito. Solo la belleza del cuarto arte hincha mis pulmones, alza mis alas y llena de tesoros mi cueva. En esta cueva sin princesa, solo Euterpe ilumina sus paredes con mi talento.*

– *¿Arte? ¿Qué arte? ¿Te refieres a tu cantar?* – dijo el señor feudal con cierto tono de sorna. –*Amigo dragón, nada es arte si nadie lo aprecia.*

– *Veo que bien conoces mi problema.* –Asintió un triste Forgo hambriento de público para su talento.

– *Una solución tengo para tal cuestión* –comentó con amplia sonrisa el noble. Giro sobre sus talones y abandonó la cueva, raudo y veloz, con su mente dándole vueltas a un novedoso plan que implicaba oro, música y un dragón. Un plan audaz, sin ninguna duda.

A la mañana siguiente, quince hombres cargados de oro y joyas llegaron a la cueva de Forgo. El señor feudal que ya conocemos reunió a los más estúpidos, crueles y avaros de entre sus súbditos y les ordenó taparse los oídos lo mejor que pudiesen. Pese a no molestarle la música del dragón, pues su alma estaba vacía de toda belleza y era incapaz de amar cualquier forma artística, el noble señor no era un iletrado total y comprendía que Forgo no era lo que se puede considerar un artista ni su voz algo digno de escuchar.

– *Te traigo oro y público. Guarda mi oro y te daré más de ambos* –dijo él. Forgo tampoco era estúpido. Sí vanidoso, pero no idiota. Necesitaba una prueba del valor artístico de su transacción. El oro era valioso para el noble más el dragón sentía mayor aprecio por la atención de un público capaz de comprender que estaba ante un artista más grande que la vida misma.

– *Está bien. Sentaos ahí que voy a empezar* –. Forgo comenzó su actuación con una historia acerca de un bajel amarillo capaz de surcar los siete mares bajo la superficie de sus aguas. Una composición de tono

futurista de la que, por cierto, estaba muy orgulloso. Continuó con la balada acerca de un hombre lobo que habitó Lutecia y concluyó con un sainete (con baile) en el que movía alas y cola como si fuese un vulgar gorrión. Al terminar su actuación, el noble dio la señal acordada y todos aplaudieron como locos. Todos salvo el más estúpido, que cometió el error de quitarse uno de los tapones por un picor de oreja y no ha vuelto a ser capaz de articular palabra.

Cada semana se repetía la escena. Decenas de sacos de oro y público expectante. Pocas veces había sido Forgo tan feliz y prolífico musicalmente. La caverna estaba inundada de colores dorados, pero nada brillaba tanto como su talento. Pasaron los meses entre canciones nuevas y antiguas. Serenatas de una hora sazonadas con bises y clamor popular que Forgo recibía con emoción. Pero la felicidad de un dragón es efímera. Y más si es un dragón cantante.

Era también notable que las visitas del noble, cuando éste las hacía en solitario, no iban acompañadas de ninguna clase de concierto. El buen señor le dijo una y otra vez a Forgo que él no era capaz de valorar su arte y que por ello no necesitaba escuchar canciones de ningún tipo. Quizá esa fuese la única verdad que le contó nunca al dragón. Eso sí. En cada visita una buena cantidad de oro desaparecía para no volver y con cada noche el noble perdía poco a poco su planta de noble pareciendo pesarle los días de orgías, vino y fiestas pagadas con el oro de la cueva de Forgo.

Pero, toda historia llega a un punto sin retorno. Una noche en que la luna llena iluminaba la cueva, Forgo recibió visita inesperada. Una muchedumbre con nulo interés musical. Portando antorchas y armas por cientos, la aldea vecina se plantó ante él, lista para la lucha. A la cabeza de la enfurecida manada humana estaba un noble de sobra conocido. Sudoroso y con voz temblorosa apuntó su dedo a la cueva de Forgo.

– Ese es, y no yo, el que os roba el dinero que ganáis con el sudor de vuestra frente.

Forgo miró sorprendido desde la entrada de su cueva.

– Ese y no yo es el que os causa las penas. –continuó mientras mostraba mayor temor hacia la furibunda turba a sus espaldas que hacia el terrible dragón que se hallaba ante sus ojos.

– Yo solo os cuido y os protejo de todo mal. Despojaros de vuestros bienes ni se me pasó por mi mente. Soy un noble de nombre, cuna y facto, ¿cómo iba yo a robaros, pobres e iletrados campesinos?

Ante tal aseveración, los aldeanos famélicos, tristes y desesperados cargaron con frenesí hacia el que tomaron como fuente de sus problemas. Guiados por la misma mano que les robaba el futuro a sus hijos atacaron

la cueva de Forgo, el dragón que solo quería cantar.

Y cómo acaba la trama, diréis ¿Dónde se encuentra la narración acerca de la cruenta batalla entre Forgo y una aldea enardecida? ¿Acaso esta corta historia sobre dragones cantantes y avaros nobles no tiene final alguno? La explicación a este abrupto final es sencilla. Solo tenéis que pensar por un instante cuantos dragones cantarines conocéis y cuantos nobles ladrones, que no ladrones nobles existen. Unid los puntos, trazad la línea y ahí hallaréis la solución al dilema de cómo acaba esta historia. Supongo que tendremos que aceptar que el amor por el arte y la canción siempre palidecerán ante la corrupción y la maldad del hombre. Por múltiples razones. Principalmente porque siempre han existido y existirán engañadores y engañados, pero también porque los malvados sin alma y corazón acumularán el oro ajeno en cuevas lejanas y luego culparán del desfalco al dragón, o al cielo, o al sol. Porque eso ha sido así, ayer, hoy y siempre. Y así ocurre, que ya nadie queda, más que yo (y ahora tú), que sepa de la triste historia de Forgo el dragón.